

CONFIDENTIAL

LA IGLESIA CATÓLICA, SUPLANTADA



Giovanni Battista Castello (1509-1569)

**4^a
EDITION**

*“Pero, aunque nosotros o un ángel del cielo os anunciase otro evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema.”
(Gálatas 1, 8.)*

“Entonces, si alguno os dijere: Aquí o allí está el Mesías, no le creáis, porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas, y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, si fuera posible, aun a los mismos elegidos.” (Mateo 24, 23-24.)

4ª edición, octubre 2024

LA IGLESIA CATÓLICA, SUPLANTADA

INTRODUCCIÓN

“Suplantar”, según la RAE, viene del latín *supplantāre* 'derribar', 'zancadillear'. Su primer significado lo define como “Falsificar un escrito con palabras o cláusulas que alteren el sentido que antes tenía” y, como segundo, **“Ocupar con malas artes el lugar de alguien, defraudándole el derecho, empleo o favor que disfrutaba.”** Entre sus sinónimos están, entre otros, “falsificar”, “falsear”, “suplir”, “remplazar”, “sustituir”, y otra larga relación que harían molesta esta introducción. Quede claro, al menos, el exacto sentido que damos a nuestro titular.

Por supuesto que, en este escrito, nos estamos refiriendo a la Una, Santa, Católica y Apostólica Iglesia de Cristo, la verdadera, la fundada por Él: “Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.” Mt. 16, 18.

A modo de resumen, esquematizamos lo que ocurrió a la muerte de SS. Pío XII:

1.- Siguiendo las normas del Magisterio de la Iglesia Católica, se convocó el Cónclave, al que asistieron los cardenales aspirantes al papado.

2.- Un gran número de los cardenales asistentes no pertenecía a la Iglesia de Cristo, pues eran herejes masones y modernistas, que tiempo atrás se habían excomulgado.

3.- El domingo 26 de octubre de 1958, a las 18:00 horas, el Espíritu Santo eligió al nuevo Soberano Pontífice —como dejó de manifiesto la fumata blanca de más de cinco minutos—, el cual aceptó el nombramiento y se inició el rito de proclamación.

4.- Los cardenales herejes no aceptaron tal elección, pues ellos ya tenían preparado su candidato, y con amenazas y otras malas artes consiguieron que renunciara el elegido, por lo que el Camarlengo encendió una nueva fumata, esta vez negra.

5.- Tras nuevas votaciones, los cardenales herejes consiguieron la victoria de su designado, Roncalli, el martes día 28. Según el Magisterio de la Iglesia tal elección fue inválida, recayendo la pena de excomunión en los participantes.

6.- El cardenal Roncalli, hereje masón y modernista, excomulgado de la Iglesia de Cristo desde tiempo atrás, adoptó el nombre de un papa que ya reinó, Juan XXIII, considerado antipapa y juzgado, condenado y encarcelado.

7.- Como determina el rito de entronización del nuevo Santo Padre, todos los cardenales asistentes le adoraron, con lo que, y de conformidad al Magisterio, quedaron todos excomulgados *ipso facto*, por adorar a un hereje.

8.- En ese cónclave se produjo la **SUPLANTACIÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA**, por parte de la secta satánico-masónica que, hasta nuestros días, ocupa de forma ilegal el Vaticano.

Con lo que sigue no se pretende presentar una “teoría de la conspiración”; por el contrario, intentaremos demostrar, sin dejar resquicios a la duda, que la que actualmente se denomina “iglesia católica” no es la verdadera de Cristo, aunque mantenga el nombre, los templos, la sede del Vaticano, y los miles de sacerdotes y los millones de fieles que fueron engañados sutilmente en su momento. He ahí la suplantación que denunciamos.

Es este un tema de vital importancia para todo aquel que se considere católico integrado en la verdadera Iglesia de Cristo, y que desee la salvación eterna de su alma.

Hemos procurado sintetizar al máximo la parte de historia que, hasta el momento actual, nos mostrará los pasos seguidos por los impostores.

UN POCO DE HISTORIA

Desde el mismo instante en que Jesucristo fundó su Iglesia sobre la piedra de San Pedro, y hasta nuestros días, han pasado dos milenios en los que Satanás no ha cesado en su intento de destruirla, cosa que nunca logrará por la promesa de Cristo. Diferentes herejías han ido surgiendo ya desde el tiempo de los Apóstoles pero que, con acierto, la Iglesia de Cristo ha sabido erradicar de su seno.

En el siglo I aparecen las dos primeras herejías: el docetismo y el simoniano. En el siglo II ya son diez, y hasta el siglo XXI se han producido más de medio centenar. Se considera herejía, en relación con una doctrina religiosa, el error sostenido con pertinacia. Lo es, también, el negar cualquiera de los doscientos cincuenta y seis dogmas de la Iglesia Católica.

El dogma en sentido propio es objeto de la *fides divina et catholica*: es objeto de fe divina por proceder de una revelación divina, y es objeto de fe católica por ser propuesto por el magisterio infalible de la Iglesia. Cuando un bautizado niega o pone en duda deliberadamente un verdadero dogma, cae en pecado de herejía (CIC 1325, § 2) e incurre ipso facto en excomunión (CIC 2314, § 1). (1)

Pero no son sólo las herejías los instrumentos usados por el diablo, ya que con el cisma y la apostasía tampoco ha dejado de intentarlo.

El cisma se distingue formalmente de la herejía porque ésta deshace el *vínculo dogmático* profesando el error, en tanto que aquél rompe el *vínculo social* negando la obediencia a los legítimos Pastores. (2)

La apostasía es el abandono de toda la doctrina de la fe. El infiel positivo, el hereje y el apóstata, si lo son de *mala fe*, se cierran voluntariamente el camino de la salvación. (3)

Los protestantes han ayudado siempre a Satanás en su labor destructora.

El libre examen de Lutero fue la llave que abrió la *caja de Pandora* que había de propagar irremediamente todos los males en el mundo de los espíritus. (...) El principio del libre examen inventado por Lutero es la fuente de todas las críticas particulares. (...) la *crítica* es siempre un elemento destructor que corroe toda verdad. (4)

(1) Manual de Teología Dogmática, Ludwig Ott. §4. 1.

(2) Diccionario de Teología Dogmática, Pietro Parente.

(3) “ “ “ “

(4) Cien años de modernismo, P. Dominique Bourmaud.

No es éste el lugar, ni el momento, para analizar la filosofía, teología, y cualquier tipo de corrientes del pensamiento que han acompañado, en su devenir, a la Iglesia Católica, aunque bien es cierto que todo influye —y cada cosa en su tiempo— a formar nubes que suelen acabar en tormenta. Y las tormentas, cuando su violencia va acompañada de aparato eléctrico, viento fuerte y granizo, suelen ser muy destructivas, arrasando cuanto se les pone por delante. Quizá por esa razón surgió el apotegma de que *la mejor manera de destruir algo es remplazarlo*, evitando así tener que volver a construir lo que nos es útil de nuestro objetivo de destrucción.

Pero no vamos a obviar todos los movimientos de piezas que, como en un tablero del ajedrez, el Diablo a efectuado valiéndose, sobre todo, de la masonería.

En el siglo XVIII la filosofía masónica se extiende —tal y como lo hizo el mensaje de Erasmo en España— mediante la conquista de los soberanos y de sus consejeros. Pío VI ya había denunciado el “abominable complot” que se cernía sobre Occidente, al igual que hizo María Antonieta en 1790, avisando de ello a su hermano, el emperador Leopoldo II del Sacro Imperio Romano Germánico:

Tened mucho cuidado, ahí (en Austria) con cualquier asociación de francmasones. Ya os lo habrán advertido; por este camino es por el que todos los monstruos de aquí cuentan con llegar al mismo fin en todos los países. (1)

En la festividad de San Juan Bautista de 1717 nace la francmasonería moderna con la Gran Logia de Londres. En ella se encuentran líderes de la minoría católica —perseguidos en Inglaterra—, así como aristócratas irlandeses —católicos y jacobitas—. En Madrid se instaura en 1728.

La Masonería es la moral universal que conviene al habitante de todos los climas, al hombre de todos los cultos (...) su moral una e inmutable, es más amplia y más universal que las de las religiones nativas siempre exclusivas. (2)

Hay una religión universal, enseñaba ya el Gran Oriente a mediados del siglo XIX, que encierra todas las religiones particulares del globo: es la que nosotros profesamos. (3)

(1) En La Vérité, 29/04/1896.

(2) Tableau Historique, philosophique et moral de la Franc-Maçonnerie, por el F. Ragot, secretario de Gran Oriente, en L’Action Française, 15 de agosto de 1907.

(3) Bulletin du G. O. de France, julio de 1856, en L’Action Française, 15 de agosto de 1907.

De este modo, se dibuja un inmenso movimiento en la segunda mitad del siglo XIX a favor de la idea masónica de una Religión Universal. Ya tiene sus adeptos en el seno mismo de la Iglesia romana, aunque constituye la negación del fundamento mismo de la Iglesia: la Revelación.

La Encíclica *Pascendi*, del 8 de septiembre de 1907, había denunciado claramente la existencia de una sociedad secreta en el seno mismo de la Iglesia. Este sacerdote, aquel obispo, ¿estaban afiliados a la secta? En la Iglesia se instalaba la duda. A lo que hoy asistimos no es más que el resultado de una lenta ocupación de la Jerarquía por los conjurados y no tiene, a nuestro entender, otra comparación posible —¿con secretos vínculos?— más que con la penetración oculta de la francmasonería en la sociedad política.

Los artífices de errores no hay que buscarlos hoy entre los enemigos declarados. Se esconden, y son objeto de temor y de muy viva angustia, en el seno mismo y en el corazón de la Iglesia, enemigos tanto más terribles cuanto que lo son menos abiertamente. Hablamos de un gran número de católicos laicos y, lo que es todavía más de lamentar, de sacerdotes que, bajo capa de amor a la Iglesia, totalmente pobres de filosofía y teologías serias, impregnados al contrario hasta la médula del veneno del error extraído de los adversarios de la fe católica, se colocan, despreciando toda modestia, como renovadores de la Iglesia (...). Ciertamente, enemigos de la Iglesia lo son y al decir que no los hay peores, no nos apartamos de la verdad. En efecto, no es desde fuera, desde dentro traman su ruina; hoy el peligro está casi en las entrañas mismas y en las venas de la Iglesia; sus golpes son tanto más seguros cuanto mejor saben dónde herir. (Disimulan) bajo mentirosa apariencia de sumisión una audacia sin límites. Inclinan hipócritamente la cabeza mientras que, con todos sus pensamientos, con todas sus energías, prosiguen más audazmente que nunca el plan trazado (...). Les interesa permanecer en el seno de la Iglesia para trabajar en ella y allí modificar poco a poco la conciencia común. (1)

Desde finales del siglo XIX, la penetración de las ideas masónicas se hace visible en una parte del clero y de los fieles.

Los francmasones deben ejercer el imperio sobre los hombres de cualquier Estado, de cualquier nación y de cualquier religión, dominarlos sin ninguna violencia externa, mantenerlos unidos por vínculos duraderos, inspirarles una misma idea, animarlos de un mismo espíritu, en el mayor silencio y con toda la actividad posible, dirigir a todos los hombres de la Tierra hacia el mismo fin. En la intimidad de las sociedades secretas es donde hay que saber preparar la opinión. (2)

(1) *Pascendi Dominici gregis*, encíclica de San Pío X, 8 de septiembre de 1907.

(2) Abate Burruel, Hamburgo, 1795.

Los *Carbonarios*, la masonería italiana, habían proyectado destruir al papado:

El trabajo que vamos a emprender no es obra de un día, ni de un mes, ni de un año: puede durar varios años, acaso un siglo; pero en nuestras filas el soldado muere y la lucha continúa. (...) Lo que debemos buscar y esperar, como los judíos esperan al Mesías, es un Papa según nuestras necesidades. (...) Y ese pontífice, como la mayoría de sus contemporáneos, estará más o menos imbuido de los principios humanitarios que empezaremos a poner en circulación. (...) ¿Queréis establecer el reino de los elegidos sobre el trono de la prostituta de Babilonia? Que el clero camine bajo vuestro estandarte creyendo siempre que camina bajo la bandera de las Llaves Apostólicas. (...)

Tended vuestras redes (...) en el fondo de las sacristías, de los seminarios, de los conventos. (...) Habréis predicado una revolución de tiara y capa pluvial, caminando con la cruz y el estandarte, una revolución que no necesitará más que ser ligeramente estimulada para prender fuego en todos los extremos de la Tierra. (1)

En realidad, el diablo no hubiera podido hacer gran cosa en la Iglesia si no se hubiese instalado ya —¿o acaso la instaló él?— una *Contra-Iglesia*: la masonería con sus fines satánicos secretos; pero también, y sobre todo, algunos secuaces dentro de la Iglesia que le prestaron ayuda. Todos conscientes de que los cambios debían ser muy lentos y bien calculados, para no levantar sospechas, y poder alcanzar sus luciferinos objetivos en su totalidad.

Viene al caso lo ocurrido en pasados cismas, como el de la herejía luterana. Jacques Maritain, filósofo francés y destacado defensor del neotomismo, explica cómo se impuso la Reforma de Lutero:

El pueblo quería permanecer fiel a su religión, un cambio brutal habría provocado sublevaciones. ¿Qué se hizo, entonces? Por una serie de medidas hábilmente calculadas, se graduaron las novedades en la doctrina y en el culto, de manera que no se percibieran; se separó al pueblo de la comunión con la Iglesia sin que se diese cuenta de ello. (2)

Y no fue algo nuevo, pues ya Lutero había escrito en 1545: *“Porque entonces —poco después de su apostasía— nuestra doctrina era nueva y escandalizaba a las masas en el mundo entero, tuve que avanzar con precaución y, a causa de los débiles, dejar de lado muchos puntos, cosa que ya no he hecho después.”*

Según palabras de *Philipp Melanchthon*, reformador religioso

(1) Monseñor Delassus, *La conjuration antichrétienne*, III.

(2) Jacques Maritain, (1882-1973), *Trois Réformateurs*.

y erudito alemán: “el mundo estaba tan unido a la misa, que parecía que nadie podría arrancarla del corazón de los hombres”. Por eso, Lutero había conservado la misa en los formularios oficiales de 1527 y de 1528, en Sajonia. La elevación de la hostia y del cáliz se mantenían, pero Lutero había suprimido el canon sin advertir al público. “El sacerdote —decía— puede arreglárselas muy bien, de manera que el hombre del pueblo ignore siempre el cambio efectuado y pueda asistir a misa sin encontrar de qué escandalizarse.”

La famosa Amantine Aurore Lucile Dupin de Dudevant (1804-1876), novelista, periodista y socialista francesa que firmaba sus obras con el pseudónimo de George Sand, se preguntaba en su época: “¿Cuáles serán las formas del culto?” y ella misma se respondía: “*serán eternamente libres, eternamente modificables, eternamente progresivas como el genio de la humanidad. Se llamarán fiestas públicas y ya París y Francia han improvisado el boceto.*”

No ajeno al nuevo pensamiento que se extendía por Europa, Su Santidad el Papa León XIII publicó, el 29 de junio de 1896, la Carta Encíclica *Satis Cognitum*, en la que defendía la unidad de la Iglesia y combatía algunas herejías de su tiempo:

A la verdad, que la auténtica Iglesia de Jesucristo es una, (...) que ningún cristiano puede atreverse a contradecirlo. (...) Jesucristo no concibió ni formó a la Iglesia de modo que comprendiera pluralidad de comunidades semejantes en su género, pero distintas, y no ligadas por aquellos vínculos que hicieran a la Iglesia indivisible y única, a la manera que profesamos en el Símbolo de la fe: Creo en una sola Iglesia... Y es así que cuando Jesucristo hablara de este místico edificio, sólo recuerda a una sola Iglesia, a la que llama suya: Edificaré mi Iglesia [Mt. 16, 18]. Cualquiera otra que fuera de ésta se imagine, al no ser fundada por Jesucristo, no puede ser la verdadera Iglesia de Jesucristo. (...) Consiguientemente, por voluntad de su fundador, es necesario que sea única en todas las tierras en la perpetuidad de los tiempos. Es, pues, la Iglesia de Cristo única y perpetua. Quienquiera de ella se aparta, se aparta de la voluntad y prescripción de Cristo Señor y, dejado el camino de la salvación, se desvía hacia su ruina. Mas el que la fundó única, la fundó también una, es decir, de tal naturaleza que cuantos habían de formar parte de ella habían de estar unidos entre sí por tan estrechísimos vínculos, que de todo punto formarían una sola nación, un sólo reino, un solo cuerpo: un solo cuerpo y un solo espíritu, como habéis sido llamados en una sola esperanza de vuestro llamamiento [Eph. 4,4]. (...) Por lo cual instituyó Jesucristo en la Iglesia un magisterio vivo, auténtico y juntamente perenne, al que dotó de su propia autoridad, le proveyó del Espíritu de la verdad, lo confirmó con milagros y quiso y severísimamente mandó que sus enseñanzas fueran recibidas como suyas. Este es consiguientemente sin duda alguna el deber de la Iglesia: conservar la doctrina de Cristo y propagarla íntegra e incorrupta. Por tanto, la Iglesia es sociedad,

por su origen, divina, por su fin, y por los medios que próximamente se ordenan a ese fin, sobrenatural; mas en cuanto se compone de hombres, es una comunidad humana. (...) Pedro está sometido y obedece; en otro caso, necesariamente se diluye en una muchedumbre confusa y perturbada.

Cualquier intento de cambiar el “magisterio perenne” es ir contra el que lo instituyó: el propio Cristo; pues las enseñanzas son “suyas”. Por ello, “Pedro está sometido y obedece”, ya que en caso contrario actuará de forma “confusa y perturbada”.

Todos los cismas se han resuelto siempre con una Iglesia más fuerte y unida. Los cismáticos han quedado separados y señalados, por lo que los verdaderos católicos han huido de sus enseñanzas. Siempre fue evidente que los cismáticos eran personas ajenas a la verdadera Iglesia de Cristo: enemigos de la fe.

Por esa razón, el cisma era poco efectivo para los designios satánicos. Y la propia masonería fue la encargada de encontrar la solución para los objetivos luciferinos: **era necesario “suplantar” a la verdadera Iglesia Católica, de forma que nadie notase el cambio, que no hubiese quien se percatase de que lo que “se veía” no era lo que había antes, sino algo nuevo muy parecido, y que iría cambiando lentamente para no despertar sospechas.**

Algo realmente diabólico, pero que la Santísima Trinidad permitió para que pudieran cumplirse tantas profecías, y para que se pusiera a prueba la fe de los verdaderos católicos.

LA ECLOSIÓN

El Príncipe de la Mentira ya tenía tejida su red, en cuyo centro formaba como un nido, donde un huevo estaba a punto de eclosionar.

Angelo Roncalli nació el 25 de noviembre de 1881 en *Sotto il Monte*, en Lombardía, Italia. Entró en el seminario de Bérgamo en 1892. En 1896 fue admitido en la Orden Franciscana Seglar he hizo su profesión el 23 de mayo de 1897. El 10 de agosto de 1904 fue ordenado sacerdote en la basílica de Santa María de Monte Santo, en la Piazza del Popolo. Muchos fueron los cargos de importancia que desempeñó en la Iglesia hasta que, el 28 de octubre de 1958, y con 77 años de edad, fue elegido papa ante la sorpresa del mundo entero. Adoptó el nombre de Juan XXIII, ya utilizado en el pasado por un papa considerado antipapa.

El modernismo ecuménico de Roncalli era tan manifiesto que le supuso ser apercibido hasta por el Papa. En varias ocasiones estuvo expuesto a sufrir castigos mayores.

A esto hay que añadir las visitas apostólicas a los seminarios y a las diócesis (...) que provocaron auténticos estragos sobre todo en Italia, llegándose al cierre de algunos seminarios (...). El mismo Angelo Roncalli, futuro Juan XXIII, denunciado por un canónigo de Bérgamo, recibió severas amonestaciones del cardenal De Lai. (1)

La diócesis de Bérgamo era modelo de acción católica, pero, tras las dos Visitas Apostólicas, la Congregación Consistorial acusó el 20 de agosto de 1909 a algunos sacerdotes de ser modernistas teóricos o de seguir la conducta que meses antes la Santa Sede estaba calificando de modernismo práctico y político. (2)

Juan XXIII (1370-1419) fue antipapa durante parte del Cisma de Occidente entre 1410 y 1415. Convocó un concilio en 1412 en Roma y que sólo logró la condena de los escritos de John Wickliffe. El 4 de noviembre de 1414 se inicia el Concilio de Constanza y, a pesar de estar presidido por Juan XXIII, pronto empieza a tomar un rumbo contrario a la pretensión de éste de ser nombrado único pontífice de la cristiandad. Por ello, decide huir de Constanza el 20 de marzo de 1415.

(1) Vicente Cárcel, Historia de la Iglesia III: La Iglesia en la época contemporánea, pág. 228.

(2) Cristóbal Robles Muñoz, El Modernismo Religioso y su Crisis, II: La condena (1906-1913), pág. 263.

Interceptado, fue devuelto al concilio que había declarado su supremacía sobre el papa y fue formalmente depuesto el 29 de mayo, acusado de herejía, simonía, cisma, asesinato, violación, sodomía e incesto. Juan XXIII se sometió al juicio del concilio y fue encarcelado.

Cinco siglos y medio después Angelo Roncalli decide escoger el nombre del antipapa y hacerlo suyo. *Johannes* (Juan) había sido el que escogió en su ingreso en la Masonería de los Rosacruces.

La elección del primer papa masón de la historia: Angelo Roncalli (...) celebrada como la enésima y brillante operación del *back office* democrático, conformado para la ocasión por una serie de superlogias en coalición (...) Existe aún una «amplia documentación» sobre su afiliación como aprendiz, así como de sus pasos de grado a Compañero primero y, más tarde, en 1943, a Maestro Francmasón. (...) en 1950 fue iniciado oficialmente como hermano rosacruz. (...) ¿cómo es que la Iglesia puede aceptar públicamente a un papa masón, y por lo tanto en condición de excomunión? ¿Y cómo es que puede incluso hacerse santo? (...) El 27 de abril de 2014, fueron canonizados, un masón progresista, Angello Roncalli, y un paramasón conservador, Karol Wojtyła, que mantenía estrechas relaciones con los mandiles angloamericanos. Cuando se habla de la fuerza transversal de la masonería es por algo. (1)

La pregunta de Magaldi se la hicieron muchas personas, entre ellas algunos cardenales y bastantes clérigos, pues no estaba oculto el modernismo de Roncalli y su pertenencia a la francmasonería. San Pío X había dado en el clavo con su encíclica *Pascendi*: “hoy el peligro está casi en las entrañas mismas y en las venas de la Iglesia”, había afirmado, y por desgracia no estaba equivocado. Tal era el poder de los infiltrados, que poco podían hacer los escasos tradicionalistas y fieles al auténtico Magisterio, que se encontraban continuamente presionados y hasta amenazados.

Otra pregunta se formula también: ¿Cómo los santos Papas no cortaron por lo sano, expulsando de la Iglesia a los herejes excomulgados? ¿Cómo es posible que, habiendo denunciado esos santos papas la infiltración masónica en la Iglesia, no se hiciera la purga necesaria para eliminar al enemigo? Es evidente que esos papas estaban maniatados, carentes de autoridad jerárquica, y que les tenían como prisioneros en el Vaticano. Sus enemigos les impedían actuar contra ellos. La presencia hereje era de tal magnitud que eran realmente quienes gobernaban.

El año 1954 la masonería italiana se pone en contacto con el entonces patriarca de Venecia, Roncalli, y le avisan de que se tiene que preparar porque él va a ser el próximo papa, y que su principal

(1) Gioele Magaldi, *Masones, Todos sus secretos al descubierto*, págs. 46-47.

tarea será la de *convocar un concilio ecuménico que cambie la faz de la Iglesia.*

Satanás había movido muy hábilmente los hilos para que modernistas y masones siguieran “libremente” desempeñando sus cargos sin que persona alguna denunciase que ya no pertenecían a la Iglesia, por haberse excomulgado con su pertenencia a asociaciones y pensamientos condenados por varios papas y concilios con pena de anatema.

EL CÓNCLAVE “MASÓN”

Al quedar vacante la silla de Pedro por el fallecimiento de Pío XII el 9 de octubre de 1958, el 25 del mismo mes comenzó el cónclave para elegir a su sucesor y finalizó el día 28, tras haberse celebrado once votaciones por parte de los cardenales asistentes.

Debido a las diferencias que, con Pío XII, tuvo el modernista Montini, al que el Papa no quiso nombrar cardenal, no asistió al cónclave, en el que los “papables” eran el conservador Giuseppe Siri, arzobispo de Génova —y predilecto de Pío XII—, y el liberal Giacomo Lercaro, arzobispo de Bolonia. El cardenal armenio, residente en Roma desde niño, Gregorio Pietro Agagianian, era también de los que “sonaban” como favoritos, pero le perjudicaba el parentesco con familiares vinculados a la Unión Soviética.

Como vimos en páginas anteriores, la francmasonería había extendido ya sus tentáculos para conseguir sus objetivos. Había preparado a “sus” cardenales, así como comunicado a “su candidato” a la Silla de Pedro que se preparara. Todo perfectamente engrasado para que no hubiese fallo alguno en sus planes.

Totalmente cierto —refrendado por crónicas de prensa, fotografías, imágenes de las televisiones, grabaciones de radio— es que ese Cónclave fue “irregular”, como pudieron atestiguar millones de personas que, aunque ignoraban lo que estaba pasando en la Capilla Sixtina, por su presencia en la Plaza de San Pedro o bien por las televisiones y emisoras de radio de todo el mundo, comprobaron que se “anulaba” la elección efectuada, ya que la fumata blanca, que permaneció por más de cinco minutos, fue seguida al rato por una gris y luego negra. Algo insólito, que jamás había ocurrido, y que desató todo tipo de especulaciones. La guardia suiza, los carabinieri, la RAI, la misma emisora oficial del Vaticano, acostumbrados a multitud de cónclaves, dieron por realizada la elección.

Hubo ciertas irregularidades sobre la elección durante ese cónclave de 1958, como el mismo cardenal Tisserant lo ha reconocido. Algunos dicen que el elegido fue Agagianian, otros que fue Siri, otros dicen que algún otro cardenal, y que el camarlengo anuló la elección. En cualquier caso, estoy muy seguro de que Juan XXIII eligió como nombre el nombre de un antipapa muy conscientemente, demostrando así que había sido elegido de manera irregular. (1)

(1) P Charles-Roux, Vatican insider, septiembre de 2004, pág. 41.

El domingo 26 de octubre de 1958 ha pasado a la historia por el desconcierto generado en toda la catolicidad. Más aún: por marcar un antes y un después en la Iglesia Católica de Cristo.

Reproducimos la crónica del corresponsal de ABC de Madrid, del lunes 27 de octubre de 1958, por su gran valor descriptivo:

En la historia milenaria de la Iglesia y del capítulo de los Cónclaves, la jornada del domingo, 26 de octubre de 1958, será mencionada con particularísimo interés. Quizá nunca el humo expulsado desde el profundo secreto de la Capilla Sixtina ha producido una tan grande confusión; un sucederse de sorprendentes equívocos y hasta lo que parecía un "scherzo" —sin duda involuntario— por la extraña manera de "fumar" la famosa chimenea, primero rizando y ondeando sus humos como bandera blanca, después retorciéndolos en una danza de indecisión entre el gris y el violeta, para descomponerse a la postre en una negra explosión de antipático "grisú". ¿Qué había pasado al manejar la flamante estufa para que los cuatro escrutinios del día, cerrándose negativamente, ocasionarán, tanto en la mañana como en la tarde, por el problema del humo, un desconcierto sin precedentes? La regla romana de que hay que contar hasta 30 mientras se desenvuelve la "fumata" para obtener la certeza de que el blanco es verdaderamente blanco, ya que el relieve del negro no suele ofrecer dudas, ayer falló, dejando estupefactos no a millares, sino a millones de espectadores, y no sólo de la plaza de San Pedro, sino de los países del mundo conectados con la Radio Vaticana y con la televisión italiana. Pese a contar treinta con lentitud, el humo fue blanco en la mañana en su manifestación inicial, y todavía más nítidamente blanco en la tarde, transformándose después en gris, para terminar con un impetuoso resoplido negro, bastante más negro que la noche, que tenía suavidades de perla por la plenitud de la luna. (...) Sea cual fuere la causa, el hecho produjo equívocos en cadena y mientras a las 11:52 de la mañana, rozando el mediodía, el humo produjo las primeras confusiones en su primera salida, en la segunda, de las seis de la tarde, cuando las iniciales sombras de la noche fueron barridas de golpe en el momento de la "fumata" por reflectores potentísimos, ya no hubo duda para la multitud de 300.000 personas que comenzaron a gritar "¡Viva el Papa!" y a desplegar pañuelos. Para colmo, la Radio Vaticana, engañada como todos, grito a su vez el acontecimiento a todos los vientos del mundo: "Ecco, ecco" —decía— finalmente la fecha histórica: hora dieciocho del 26 de octubre de 1958. "Ya tenemos el sucesor de Pío XII... Un humo blanco, denso, voluminoso, recubre el techo de la Sixtina. ¡No hay duda ninguna! ¡El Papa está hecho... ¡Está hecho!" (...) ¿Qué pudo ocurrir ayer para que tanto a las 11:52, como a las 18 horas, no habiéndose elegido Papa, se produjeran los equívocos del color del humo, aún más acentuadamente al atardecer, hasta hacer creer a las gentes que había Pontífice, y esta convicción rotunda la anunciara al mundo entero la Radio Vaticana? (...) El primer asombrado de las extrañas "fumatas" fue el mariscal del Cónclave, que después de haber presenciado cuatro Cónclaves, se declaraba angustiado sobre todo por la última de la noche, que dijo "era blanca como la nieve". (1)

(1) ABC, de Madrid, martes 28 de octubre de 1958, páginas 31 y 32.

Hay algo muy cierto: no era un cónclave normal. Llevaban muchos años preparándolo los francmasones y los modernistas. Realmente no había motivo de sorpresa: todo se estaba cumpliendo de acuerdo con los planes y el calendario previsto por ellos. Muchos papas anteriores ya habían denunciado, incluidas encíclicas, la infiltración que se había producido en la Iglesia, y cómo estaban ya en las “entrañas mismas y en las venas de la Iglesia”, en palabras del santo Papa Pío X.

Pero, por la fe, sabemos que “las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella”, por lo que Dios no podía permitir su destrucción, ni el nombramiento de un pontífice acordado de antemano —lo cual es ya motivo de excomunión—, sin opción a la verdadera elección por el Espíritu Santo.

Sin desear participar en teorías de conspiración ni dar pábulo a otras explicaciones que, desde entonces, circulan por el mundo, sí que afirmamos, rotundamente, que el Espíritu Santo “hizo su elección” (1), por lo que la fumata fue blanca el domingo 26 de octubre de 1958. No obstante, el contingente francmasón y modernista que formaba parte del cónclave, urdieron hábilmente cambiar esa elección —con argumentos de lo más satánicos— para “invertir” papa a la persona que ya tenían preparada y que, para conseguir sus diabólicos fines, debía ser de “transición”, pues sus planes exigían seguir pasos lentos y seguros que no despertaran las sospechas ni en el clero, ni en los fieles. Como tan gráficamente describió el corresponsal de ABC, “un impetuoso resoplido negro, bastante más negro que la noche” —tan negro como el Infierno de Satanás— anunció que se había “despreciado al Espíritu Santo”, para proclamar “ellos” —los erigidos por encima de la divinidad— quién sería el nuevo “antipapa Juan XXIII”, repitiendo la historia de cinco siglos atrás. Se ponía en marcha una operación para dar al mundo una “nueva iglesia católica”, no de Cristo, sino de Satanás: la iglesia del Anticristo, cumpliéndose las profecías de La Salette y de Fátima, y todo ello sin salir del Vaticano. **Se “suplantaba” a la verdadera Iglesia de Cristo.**

Con esta astuta maniobra diabólica realizada sin escrúpulos por la francmasonería, entró en la Capilla Sixtina parte de la Iglesia

(1) El secreto de las deliberaciones y de cuanto acontece en el interior del Cónclave no nos permite elucubrar qué pasó y a quién eligió el Espíritu Santo, pero tenemos la total certeza de que hubo una elección, que fue rechazada por los francmasones y los modernistas, de común acuerdo por oponerse a sus planes.

Católica de Cristo —los cardenales herejes, masones y modernistas, eran gran número—, y salió la “secta” de la iglesia católica satánica y masónica que la suplanta desde ese momento y hasta nuestros días. ¿Dónde quedó la Una, Santa, Católica y Apostólica Iglesia de Cristo, la verdadera? Allí, escondida en las catacumbas, oculta al poder del Príncipe de este mundo, y a la espera de su rescate, en el momento oportuno, cuando Cristo lo decida. Un muy reducido número de verdaderos católicos, fieles a su fe, que no fueron engañados entonces o que, con el tiempo, han ido comprobando como la secta vaticana ha ido cayendo en una herejía tras otra. Un resto que, iluminado por el Espíritu Santo y pletórico de la Gracia de Dios, no puede aceptar que se mancille el nombre de Cristo y de Su Iglesia. Unos fieles que, aunque sin templos, sin sacerdotes, sin sacramentos, sin papa, se mantienen firmes en su fe.

¡Qué astuto es Satanás! ¡Cómo susurra al oído de sus seguidores los planes que han de llevar a cabo! Era fundamental evitar el cisma, pues no habrían podido “apoderarse” de la Iglesia de Cristo, ya que ésta les habría expulsado fuera, al destierro. Además, tenían que “esconder” sus herejías con una capa de “fidelidad fingida” que no despertara sospechas. Teniendo el poder en su mano, y siendo la cabeza —el papa— integrante de su maquinación, y habiendo formado ya un complejo equipo cardenalicio y de obispos afines, era más sencillo “deshacerse” de los fieles a Cristo y respetuosos con el Magisterio y la Tradición: las amenazas eran formales y se les redujo a un resto contestatario que hizo poco ruido, pues se ahogaron casi todas sus voces. Además, la avanzada edad de los cardenales fieles les aseguraba librarse de ellos de forma natural. Sabían que los jóvenes estaban en sus manos, pues les ilusionaban los cambios prometidos, tan de acuerdo con los tiempos que se vivían.

Tenían ya el control absoluto del Vaticano. La mayoría de las diócesis del mundo fueron cayendo en sus manos, gracias también a obispos modernistas que vieron el cielo abierto a sus pretensiones, y que no tardaron en poner por obra, convenciendo a su clero y a sus fieles.

Si se llega a demostrar que todas las “novedades” que confunden hoy a la Iglesia no son más que antiguos errores, constantemente condenados por Roma, se podrá sacar la conclusión que la Iglesia en este final del siglo XX está ocupada por una secta extranjera, de la misma forma que un país puede estar ocupado por un ejército enemigo. (1)

(1) *L'Eglise occupée*, Jacques Ploncard D'Assac, *Difussion de la Pensée Française*, 1975.

Y el antipapa Juan XXIII, de nuevo, puso en marcha su devastadora labor de engañar al mundo desde su posición suplantadora: de la peligrosidad de sus ideas e iniciativas, el más famoso vaticanista italiano, el conde Fabrizio Romano Sarazani, dice: **“... la huella dejada por Roncalli en la historia de la humanidad es muy superior a la dejada por Lenin y Stalin. De hecho, si aquellos han eliminado unos cuantos millones de vidas, Juan XXIII ha liquidado dos mil años de Iglesia Católica.”**

Puede preguntarse: ¿Por qué Juan XXIII es un antipapa, si fue nombrado en un Cónclave de la Iglesia Católica? Respuesta: Porque una persona excomulgada no puede ser elegida Papa, al no pertenecer a la Iglesia. El canon 2335 del Código de Derecho Canónico de 1917 establece que "los que dan su nombre a la secta masónica, o a otras asociaciones del mismo género, que maquinan contra la Iglesia o contra las potestades civiles legítimas, incurren *ipso facto* en excomunión". Téngase en cuenta que la Iglesia no excomulga, sino solamente confirma que una persona está excomulgada por haber salido de la comunión de la Iglesia; es decir, es el individuo el que se excomulga, al incurrir en herejía o cualesquiera otros motivos que la Iglesia considera suficientes para la excomunión, como lo es también la llamada “excomunión de participantes”, que es en la que incurren los que tratan con el excomulgado declarado o público. Además, el hecho de ser un nombramiento decidido de antemano es, también, motivo de nulidad del acto.

Hemos tratado muy someramente en estas páginas —pues de lo contrario se necesitarían varios tomos de cientos de páginas— el grave problema que, por el ataque masónico, ha arrastrado la Iglesia desde muchos años antes de ese Cónclave.

Es triste que el conocimiento del Dogma, la Tradición, el Magisterio y cuanto es fundamental para poder pertenecer a la Iglesia con pleno fundamento, en más del noventa por ciento de los católicos es nulo, ya que se limitan a mal oír la Misa los domingos y poco más. ¿Acaso es raro que se dejen engañar personas con tan pocos conocimientos sobre la religión que dicen profesar? Si se pregunta a un católico por el número de dogmas que tiene la Iglesia Católica, y cuáles son, más del 95% no sabe qué contestar. ¿Cómo van a cumplir con lo que desconocen? Pero la ignorancia de la Ley no exime de su cumplimiento.

Como se ha descrito en las páginas anteriores, no ha sido “una ocurrencia de última hora”, sino todo un complejo programa urdido por Satanás y sus socios, para acabar con la Iglesia Católica. Y ese Cónclave estaba “diseñado” de antemano. Y el llamado así mismo “papa” no era de la “Iglesia Católica de Cristo”, pues no pertenecía a ella cuando entró en la Capilla Sixtina y, por lo tanto, tampoco pertenecía a ella cuando salió al balcón de la plaza de San Pedro. Los millones de católicos del momento fueron estafados y no se dieron cuenta! Los cardenales, obispos y clero que, estupefactos, vislumbraron lo sucedido fueron acallados enseguida. ¿Quién se iba a atrever a “poner el cascabel al gato”? El miedo a que se produjese una situación límite en la Iglesia, tapó muchas bocas. La gran mayoría, deseosa de novedades y cambios para quitarse de encima “el incómodo peso de la Tradición”, aplaudió al personaje que acababa de suplantarse a la Iglesia Católica de Cristo. Y, como define el Magisterio, todos ellos incurrieron en excomunión. Ya ninguno de los cardenales, obispos, clero y fieles que aceptaron y siguieron a Juan XXIII pertenecían a la verdadera Iglesia Católica de Cristo, pues habían salido de su comunión: todos se excomulgaron.

Los Prelados y Pontífices que antes de su promoción se hayan desviado manifiestamente de la Fe Católica quedan privados por ello mismo de toda autoridad y su oficio y promoción son nulos y no pueden convalidarse en virtud de ningún pacto.

Si en cualquier tiempo fuere evidente que (...) un Romano Pontífice se hubiera desviado de la fe Católica o hubiera caído en alguna herejía, antes de su promoción o de la asunción como Pontífice Romano, tal promoción o asunción sea nula, írrita e inane, incluso si se hubiera realizado con acuerdo y consentimiento unánime de todos los Cardenales; y que no pueda considerarse válida o tener validez por el recibimiento del cargo, por la consagración, o por la consiguiente posesión o cuasi-posesión de mando y administración, por la entronización o adoración de ese Romano Pontífice, por la obediencia que todos le hayan prestado o por haber transcurrido un tiempo cualquiera en tales situaciones; y a todas y cada una de las personas subordinadas a los así promovidos y asumidos, si antes no se hubieran desviado de la fe, ni hubieran sido herejes, ni hubieran incurrido en cisma o lo hubieran suscitado o cometido —tanto a los clérigos seculares y regulares como también a los laicos, a los Cardenales (incluso los que hayan intervenido en la elección de ese Pontífice previamente desviado de la fe, hereje o cismático, o hayan dado otro tipo de consentimiento o le hayan prestado obediencia o adorado) (...)— séales lícito:

- a) apartarse en cualquier momento [e] impunemente de la obediencia y devoción a los así promovidos y asumidos;
- b) evitarlos como si fueran magos, paganos, publicanos o heresiarcas, aunque, sin embargo, esas mismas personas subordinadas siguen constreñidas a la

fidelidad y obediencia de los futuros Obispos, Arzobispos, Patriarcas, Primados, Cardenales y al Romano Pontífice que asuma canónicamente;

c) y, para mayor confusión de los así promovidos y asumidos, invocar contra éstos el auxilio del brazo secular, si quisieran continuar su gobierno y administración; y los que se aparten en tal caso de la fidelidad y obediencia a los así promovidos y asumidos, no por eso queden expuestos a la represalia de alguna censura o castigo, como [quedan] los que escinden la túnica del Señor. (1)

Los cardenales que en el cónclave y tras la elección del pontífice herético y excomulgado lo adorasen (como manda el ritual), quedan excomulgados *ipso facto*, formando parte de la misma herejía.

La situación es de tal gravedad que parece “irreal”. Pero ¿no se atrevió Satanás a tentar al propio Jesucristo? Efectivamente es una maniobra DIABÓLICA, así: con mayúsculas. ¿De qué nos podemos extrañar? ¿Acaso vamos a negar las palabras de la Inmaculada y Siempre Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, tanto en La Salette como en Fátima? Ya fuimos, también, avisados de la “gran confusión” que había de producirse. Pero, de nuevo, la ignorancia de los católicos no les permite ver la realidad, porque desconocen dónde se mueven; mientras que lo saben todo de los artistas, futbolistas y demás gente famosa; conocen al pie de la letra las canciones de moda, las novelas, el argumento de las películas; ignoran totalmente TODO LO FUNDAMENTAL de la Iglesia a la que dicen pertenecer.

Pero ¿y los entendidos, los cardenales y los obispos fieles?, ¿nadie iba a levantar la voz? Recordemos una de las cosas que narraba el corresponsal de ABC: “El primer asombrado de las extrañas “fumatas” fue el mariscal del Cónclave, que después de haber presenciado cuatro Cónclaves, se declaraba angustiado sobre todo por la última de la noche, que dijo “era blanca como la nieve.” Esa “angustia” seguro que fue motivo para que pidiera explicaciones, ¿qué le contestaron? Intentarían convencerle de la forma que fuese, pues lo tenían todo muy bien preparado. Sólo que no contaron con el Espíritu Santo, que hizo su elección muy a pesar de ellos. Dios les juzgará por la maniobra que realizaron al cambiar al Papa electo.

(1) *CUM EX APOSTOLATUS OFFICIO: Bula del Papa Pablo IV, de fecha 15 de febrero de 1559, acerca del peligro de autoridades heréticas.*

EL HERÉTICO VATICANO II

La maniobra satánico-masónica no había hecho más que empezar. Había que cambiar todo “dentro de la legalidad”. Los Carbonarios ya habían advertido a Roncalli “que su principal tarea será la de *convocar un concilio ecuménico que cambie la faz de la Iglesia*”. El ya antipapa Juan XXIII no tarda en obedecerles y, en menos de tres meses, el 25 de enero de 1959, anunció su convocatoria. ¡Qué diligencia tan enorme, sin existir motivos aparentes para ello!

Habría sido el concilio con mayor número de participantes de toda la historia si se hubiera realizado en el seno de la Iglesia Católica de Cristo: 2.540 obispos, 480 peritos, 90 auditores y observadores no católicos —de 29 confesiones distintas—, y un gran número de periodistas de medios de todo el mundo; pero estaba convocado y llevado a cabo por la “nueva secta” nacida el 28 de octubre de 1958.

Al ser ajeno, totalmente, a la verdadera Iglesia de Cristo, nada cambiaba a lo aceptado y respetado desde siempre. Pero los millones de fieles católicos y una gran cantidad del clero, engañados, siguieron como corderitos a los usurpadores, haciendo caso a todo lo que les era indicado. La multitud de cambios, marcadamente heréticos, blasfemos y sacrílegos, eran aceptados por millones de personas que eran incapaces de distinguir un huevo de una castaña, o que, bajo la influencia del maligno, deseaban quitarse las ataduras a la Tradición y al Magisterio. Muchos ansiaban esas “bonitas palabras” que negaban el Infierno y disculpaban los pecados, quitándoles importancia. El “buenismo” ganó miles, millones de adeptos confiados en la lasitud de conciencia que les permitía vivir a su libre albedrío sin temor a castigo alguno. Así se produjo el “trasvase” de los fieles de la verdadera Iglesia de Cristo a la iglesia católica-masónica-satánica que lideraba el antipapa Juan XXIII bis, pues era buen discípulo del que llevó ese nombre por primera vez, cinco siglos antes que él.

¿Y los verdaderos católicos? ¡Gran pregunta! En verdad fueron muchos —y cada vez que se producían cambios, más— los que se retiraron a las catacumbas de la Capilla Sixtina, a un lugar único en el que podrían sobrevivir: la Llagas del Costado de Cristo. Y, como el discípulo no puede ser más que el Maestro, empezó la larga Pasión de la Iglesia de Cristo, que aún continúa en nuestros días.

El modernista Montini, a quien Juan XXIII le entregó el capelo cardenalicio, sucedió al primer antipapa, convirtiéndose en el segundo y más fatídico, pues entronizó a Lucifer, en la basílica de San Pablo, el 29 de junio de 1963. La Triple Corona de Pedro, la Tiara Papal, no volvieron a usarla los papas, pues la sigue utilizando Lucifer. Ya lo anunció Nuestra Señora, la Virgen María, en La Salette: **“Roma perderá la fe, y se convertirá en la sede del Anticristo”**.

Desde aquel fatídico 28 de octubre de 1958, ya han desfilado seis antipapas, de esa secta, por la que fue Sede de Pedro, y que han convertido en la sede de la abominación. Sus comportamientos heréticos, blasfemos y sacrílegos, como no podían ser de otro modo al ser satánicos, han ido creciendo y ensombreciendo el cielo azul del Vaticano, que ha dejado de ser la referencia, el faro, de la verdadera catolicidad.

Y Jesús les respondió: Cuidad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, y dirán: Yo soy el Mesías, y engañarán a muchos. Mt. 24, 4-5.

Entonces se escandalizarán muchos y unos a otros se harán traición y se aborrecerán; y se levantarán muchos falsos profetas que engañarán a muchos, y por el exceso de la maldad se enfriará la caridad de muchos, mas el que perseverare hasta el fin, ése será salvo. Mt. 24, 10-13.

Entonces, si alguno os dijere: Aquí o allí está el Mesías, no le creáis, porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas, y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, si fuera posible, aun a los mismos elegidos. Mirad que os lo digo de antemano. Mt. 24, 23-25.

Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo. II Tes. 2, 3-4.

¡Qué astuto es Satanás! De qué forma tan subrepticia logró separar al pueblo católico de la comunión con la Iglesia de Cristo. En multitud de casos se sirvió de los confesores, que “obligaban” a respetar al papa y cuanto salía del Vaticano bajo pena de excomunión, cuando realmente se caía en excomunión al seguir al herético Vaticano.

¡De qué forma tan diabólica se disfrazaron los cambios que efectuaba el concilio con una apariencia de “bien mayor”! Todo era un engaño para hacer creer a los millones de fieles católicos “que seguían en la verdadera Iglesia de Cristo”, cuando les habían sacado de ella con nocturnidad y alevosía. ¿Acaso nadie se dio cuenta de todo lo que estaba pasando? Por supuesto que sí, y reaccionaron

separándose de los herejes. Pero fue una minoría, por desgracia. Y fueron perseguidos hasta por los que alguna vez fueron buenos católicos, pero que se habían dejado engañar y ya eran incapaces de distinguir la realidad de la ficción, la verdad de la mentira.

¿Cómo han podido aceptar el cambio del Santo Sacrificio de la Misa por la cena calvinista? Sólo se explica por su falta de conocimiento de la Verdadera Iglesia de Cristo.

Todo lo realizado en la secta satánico-masónica, es inválido para los verdaderos católicos. Las ordenaciones de presbíteros y obispos tampoco son válidas: se producen fuera de la verdadera Iglesia y por obispos inválidos.

Se ha intentado localizar algún obispo, algún sacerdote válido, allí donde se decía que estaban, como fue el caso de Méjico y de Argentina, pero resultó que no lo eran: la mayoría estaban casados.

Hay quien quiso seguir las ordenaciones de Monseñor Thuc, con la esperanza de que fueran válidas, pero no lo fueron, como es el caso de las realizadas en El Palmar de Troya (Sevilla).

Las profecías se están cumpliendo. Debemos abandonarnos en manos de Dios, de Su Trinidad Santísima, y esperar el momento de nuestra liberación que, más tarde o temprano, llegará.

A MODO DE CONCLUSIÓN

¿Tan grave es la situación? ¡MÁS!, pues no se vislumbra otra cosa que la apostasía, la herejía, el sacrilegio, la blasfemia.

Viene a dar veracidad a la denuncia de nuestro escrito, el hecho de que Juan Pablo II reformó el Código de Derecho Canónico de 1917, que en su canon 2335 excomulgaba a los masones, para sustituirlo en el nuevo de 1983 por el canon 1374, que ya no cita la excomunión. Efectivamente, todos ellos eran masones y no podían estar en entredicho.

La situación de los verdaderos católicos es muy comprometida, pues resultamos ser “los malos” a los ojos de la mayoría hereje, que sigue convencida de que está en la “verdad”, sin recordar que la Verdad es Cristo: “Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí.” Jn. 14, 6.

¿Dónde está nuestro Papa? ¿Dónde nuestros sacerdotes? ¿Dónde nuestros templos?

Porque mucho tiempo han de estar los hijos de Israel sin rey, sin jefe, sin sacrificio y sin cipos, sin efod y sin terafim. Luego volverán los hijos de Israel, y buscarán a Yave, su Dios, y a David, su rey, y se apresurarán a venir temerosos a Yave y a sus bienes al fin de los días. Os. 3, 4-5.

¡No podemos perder la esperanza! Las virtudes teologales han de ser nuestro faro, y la Cruz de Cristo nuestra meta, pues tras ella está la Resurrección y la Redención. Miremos a Cristo en su Cruz, con los brazos abiertos para abrazarnos y llevarnos con Él al Paraíso, donde poder glorificarle por toda la eternidad.

Ya durante la Revolución Francesa los católicos fieles hubieron de esconderse, pues los católicos y el clero constitucional, que temían el martirio, realizaron el juramento apóstata. Algo similar a lo que estamos narrando: Los templos católicos habían dejado de serlo; no había sacerdotes católicos, excepto un pequeño número escondido por miedo a ser muertos. Es significativo que el Santo Cura de Ars recibió su primera comunión en casa de sus padres, pues los verdaderos católicos no asistían a los templos —que estaban en manos de los sacerdotes apóstatas— para evitar el sacrilegio y la herejía, porque como dice Santo Tomás, “*quien comulga de un hereje comete su mismo pecado*”. Es cuando el Padre Demaris escribe a sus fieles, escondidos de los apóstatas y de los asesinos,

“para su consuelo, y con una regla de conducta para permanecer en la fe católica”.

Jesucristo, el modelo de los cristianos, nos enseña con su conducta lo que debemos hacer en los penosos momentos en que nos hallamos. (...) Si en todo y siempre hay que ser simples como las palomas y prudentes como las serpientes, tanto más cuando somos afligidos a causa de Jesucristo. (...) Amar a Dios y no temer más que a Él es patrimonio del pequeño número de los elegidos. Este amor y este temor forman a los mártires, desapegando a los fieles del mundo y apegándolos a Dios y a su santa ley. (...) Esta práctica os será tanto más saludable cuanto más privados estéis de los ministros del Señor. (...) Como esta pérdida os priva de los sacramentos y de las consolaciones espirituales, vuestra piedad se alarma, se ve abandonada. Por legítima que sea vuestra desolación, no olvidéis que Dios es vuestro Padre y que, si permite que carezcáis de los mediadores instituidos por Él para dispensar sus misterios, no cierra por eso los canales de sus gracias y sus misericordias. Voy a exponéros las como los únicos recursos a los que podemos recurrir para purificarnos.

(...) Vosotros conocéis la eficacia de los sacramentos, sabéis la obligación a nosotros impuesta de recurrir al sacramento de la penitencia para purificarnos de nuestros pecados. Pero para aprovechar de estos canales de misericordia se necesitan ministros del Señor. ¡En la situación en que estamos, sin culto, sin altar, sin sacrificio, sin sacerdote, no vemos más que el cielo! ¡Y no tenemos mediador alguno entre los hombres!... Que este abandono no os abata. La fe nos ofrece a Jesucristo, ese mediador inmortal. Él ve nuestro corazón, oye nuestros deseos, corona nuestra fidelidad. A los ojos de su misericordia todopoderosa somos ese paralítico enfermo hacía treinta y ocho años (Juan, cap. 5) a quien para curarlo le dijo no que hiciera venir a alguno que lo arrojara a la piscina, sino que tomara su camilla y anduviera...

(...) Con todo respeto por las leyes divinas y eclesiásticas que nos llaman al sacramento de la penitencia, debo deciros que hay circunstancias en que estas leyes no obligan. Es esencial para vuestra instrucción y vuestra consolación que conozcáis bien tales circunstancias, a fin de que no toméis el propio espíritu de vosotros por el de Dios. (...) Quien no puede confesarse a un sacerdote, pero, teniendo todas las disposiciones necesarias para el sacramento, lo desea y tiene un anhelo firme y constante de él, oye a Jesucristo que, tocado por su fe y testigo de ella, le dice lo que una vez a la mujer pecadora: “Vete. Mucho te está perdonado porque has amado mucho” (Lucas 7. 36-48). (...) Rodeados por esos extremos que son las pruebas de los Santos, si no pudiéramos confesar nuestros pecados a los sacerdotes, confesémoslos a Dios. Siento, hijos míos, vuestra delicadeza y vuestros escrúpulos. Que cesen y que aumenten vuestra fe y vuestro amor por la cruz. Decíos a vosotros mismos, y con vuestra conducta decid a todos los que os vean, lo mismo que decía San Pablo: “¿Quién me separará de la caridad de Jesucristo?” (Romanos 8.35)

(...) Cuando se confía en Dios no hay que hacerlo a medias; sería carecer de confianza el considerar que los recursos con los que Dios llama y conserva son incompletos y dejan algo que desear en el orden de la gracia. (...) Alejados de los recursos del santuario y privados de todo ejercicio del sacerdocio, no nos

queda otro mediador que Jesucristo; a Él hay que recurrir para nuestras necesidades. (...) Y rogar enseguida que nos perdone y nos indique los senderos de su voluntad santa (teniendo en el corazón el deseo sincero de hacerlo a su ministro cuando y tan pronto como podamos). He aquí, hijos míos, lo que llamo confesarse a Dios. ¡Hecha bien semejante confesión, será Dios mismo quien nos absuelva!

(...) La Eucaristía, el sacramento del amor, os proporcionó muchas dulzuras y ventajas cuando podíais participar de ella. Pero ahora, que de ella fuisteis privados por defender la verdad y la justicia, las ventajas que tenéis son las mismas. (...) Nada sucede sin la voluntad de Dios. Con un culto que nos permita asistir a Misa o privados de él, debemos someternos por igual a Su voluntad santa, ¡y, en cualquier circunstancia, ser dignos del Dios al que servimos! (...) Sí, hijos míos, los fieles que están sin sacerdotes, por ser, según San Pedro, sacerdotes y reyes, ofrecen sus sacrificios sin templo, sin ministros y sin nada sensible.

(...) Dios hace bien todas las cosas. Hijos míos, sostened esta afirmación: es la única digna de vosotros. Los fieles mismos la sostenían cuando el Salvador hacía curaciones milagrosas. Lo que Él hace hoy es mucho más grande. En su vida mortal curaba los cuerpos; actualmente cura las almas y completa por la tribulación el pequeño número de los elegidos. (1)

Tengamos fe firme en Nuestro Salvador Jesucristo, que no nos abandona, como no ha abandonado a su Iglesia, aunque no la veamos en los templos en los que siempre estuvo. Sabemos que el Santo Sacrificio de la Misa sólo es el verdadero, el válido, cuando se celebra en altar consagrado, con el ara conteniendo reliquias de santos y bendecida por un obispo auténtico. Y con el Misal Romano Tridentino instituido a perpetuidad por el Santo Papa Pío V, y celebrada por un presbítero fielmente ordenado en la verdadera Iglesia Católica de Cristo, y que, al frente del pueblo, se dirige a Dios para ofrecerle el Santo Sacrificio de Cristo.

¡No nos dejemos engañar! Sólo Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida. No escuchemos los cánticos de sirenas: ¡invoquemos al Espíritu Santo!, y pidamos ayuda a Nuestra Madre la Inmaculada y Siempre Virgen María: ¡Ella nunca nos deja!

(1) Consolaciones a los fieles en tiempos de persecución o de herejía, P. Demaris. (Puede descargarse y leerse en: <https://www.amadoresdecristo.org/LIBROS/Consolaciones.pdf>)



Amadores de Cristo

"Hagamos de nuestra vida un continuo acto de amor a Dios"

<https://amadoresdecristo.org>